



# Lejanías.

A la sombra de un moño de verdura; junto al quijero de una acaquia; sobre la blanca pared del serrano cortijo tumbado. Chirlaque entregábase todas las mañanas á hondos filosofías mientras ordenaba á la *cerri-negra*, que era una cabra tostada, cornuda y macilenta, causada ya de ser madre y aun de ser cabra.

Si no fuera por Belica, la sirvienta del amo, ya se hubiera largado el zagal con el zurrión á otra parte, porque en aquella alquería el trabajo era mucho y el pan escaso y negro. Pero Belica le retenea allí con el balanceo de sus amplias y redondas cadenas de montarás campesinas y con el tentador oleaje del hinchado seno, tan abundante y mal represado, que el mejor día le iba á reventar el jubón bajo la limpia y sonrosada barba.

Sin embargo; sus anhelos é insidiosas de mozu ubete se detienen ahora ante el recuerdo de un gesto cerril que él había sorprendido en el rostro de la moza. Belica le había mirado de año á bajo un día, como queriendo hacerse cargo de su persona, y al verlo tan desmedrado y menudo, hubo de escupirle por encima del hombro una sonora burlona y arrogante que le dejó más frío que la escarcha. Tal vez le había tomado por un *nene*, por un choto bailarín y juguetero en el cual no apuntaba el macho todavía. «Pos qué no se descuidara la Belica; que él era un hombre, muy hombre».

No se daba el caso de que Chirlaque fuese una sola vez al granero, sin que á la puerta del mismo topara con la opulenta moza que, como llamada con campanillas, caía aupellada sobre él y al pasar hincábale alguna de sus duras redondeces en cualquier parte.

Casi siempre que ella media el grano, doblaba el corpaehón con tal desgaire y brío y empullaba con tanta fuerza, que el *chirri-negro* se le entreabría y al instante, los dos repletos corderillos que allí dentro andaban *acarraos* á la sombra de su cuello, asomaban por aquel maldito escote la blanca y aterciopelada curva de sus senos vellones.

Contemplando estas cosas Chirlaque sudaba con sudores de muerte.

Una tarde de Agosto llegó, sin embargo, en que no pudo contenerse.

Ver á la desocada Belica doblada á sus pies con la cuartilla en las manos; atisbar aquellos portentosos hechizos, que por el oscote le asomaban, y sentir de repente que en el rostro le rompía una ola de fuego venida de lo más hondo de sus entrañas, todo fué una misma cosa. Tiró el orón que entre sus temblonas manos esperaba la molinda, y... alguien, dentro de él, rujó más que dijo esta brutales palabras:

—¡Anda, so feísima! Que si fueras cuartilla... lo que es pa mí te habian de medir colmá!

—¡Es verdad, Chirlaque?—le contestó ella, burlona y regocijada por el varonil desplante.

—¡Y tanto!

—Y si me pasaran el rodeo... qué?

—Pos si te lo pasaran...yo me quearía con lo rato, y lo demás ¡pa el amo!

—Belica soltó la risa con todos los impetus de su natural montés y escandaloso y se derumbó convulsa en el amplio troje bajo la codiciosa mirada del atónico pastor.

Y en tanto reía, el apretado seno le bailaba sobre la ancha tabla del pechazo. Y cuanto más miraba al zagal, mayores ganas le venían de seguir riendo á la alegre Belica, porque era muy chusca aquella cara, encañada y hurada á un tiempo, que el menudo Chirlaque le ponía.

—Conque pa tí...colmá? Me parece á mí que rafa y muy rafa me habian de dejar y te habías de morir de empacho, ¿so entumio? Y reía... y reía como una loca.

—Mia, Belica, que el hambre es mala, y que no está el horno pa bollos!—gruñó el mozueto.

—¡Qué barbarote que eres!—le contestó ella, incorporándose y tanto alarmada al escuchar aquella voz enronquecida por la emoción.

—Tu sí que eres borrica y mala y...sin entrañas ni ná!

Y le volvió á espaldas enojado, y anduvo por el granero adelante como huyendo de aquella tentación que el demonio ponía ante sus encendidos ojos.

Entonces fué ella quien habló más humana y amorosa.

—Te vas, Chirlaque?

—Me voy pa no verte!

—Anda con Dios, hombre, anda con Dios.

—Pos si que me voy—le decía acordando el paso y volviendo de vez en cuando el rostro á la tumbada zagala.

—Mira, Chirlaque; ¡no te vayas!—le gritó poniendo en su voz todos los acentos de una promesa.

—Pos estáte quieta!

—¡Ay! pues qué te hago yo, so *cerri-negro*?

—Que te parece á tí que no me haces ná!

—Le contestaba él, ya de vuelta al troje y un sí es no es risueño.

—Y si me estoy quieta... ¿cómo voy á medir?

—Pos no midas; si yo no quito que midas ¡ni que hagas ná! ¡Yo m' diré por tí aunque sea toa lo coseche!

—Pues anda, valentón.

Y el pastor dobló la raspa; y requirió la cuartilla; y comenzó á llenar y á raer; y volaba en el orón lo medido con un garbo y una destreza, que Belica no esperaba en aquel *entumio*.

—Ten, cuidao, ¡que estoy yo aquí!

—Ya te veo, Belica, ya te veo.

—Es que más paso la cuartilla por este lao y ma dao frío. ¡No seas bárbaro!

Y el diablo de la zagala no se podía estar quieta y miraba al zagal de ito en ito, y de ito en ito lanzábale al rostro *cerri-negro* grandes volutas de panizo que á Chirlaque le parecían una lluvia de oro caida en medio de su pobreza.

—¡Qué hermosa que estaba la Belica allí, recostá sobre la blanca cama de aquella limpia y dorada troje! Parecía una reina en su trono.»

—¡Belica, Belica, estáte quieta, que me ciegas! Mia que te voy á ochar en la cuartilla y voy á raer pa dentro...»

Pues... este mismo Chirlaque, menudo y entumecido zagal de la serrana alquería, fué el sugeto que asomó la negra geta por la ventanilla trasera de la diligencia de Guadix, una mañana lluviosa del mes de Mayo en que yo hacía mi primer viaje escolar á Granada.

Al cruzar el coche ante su vista por la carretera, acometióle la tentación y cayó sobre el estribo con el chambergo á la oreja y la alforja al hombro.

Al estímulo de su sombra volví la cara y me encontré con aquel *retrato de busto*, encerrado en el marco de la ventanilla.

—¿A dónde se vá, buen amigo?—le pregunté atarido por cierta inexplicable y repentina simpatía, que acaso me inspiró su franca risa de mozalvete.

—A *Graná*, señorito, me contestó resguardando su cara de la menuda lluvia.

—¿Y vas andando!

El mozo me miró con malicioso gesto de asombro. «Pos como quería yo que fuera!»

—Y gracias que iba!

En esto entrábamos en Diezmas, y apenas hubimos entrado, empezó á conocerse la influencia civilizadora del lugar.

Una bandada de revoltosos pilletes que con toda la fuerza de sus pulmones gritaban «látigo, látigo atrás», siguió al carruaje un buen trecho. Obediendo al infantil mandato—porque los cocheros son tal vez los únicos encumbrados personajes que hacen caso de las masas,—el mayoral tendió el brazo y la justa buscando la rabera, y Chirlaque dió un horroroso grito.

El látigo habíale caído sobre la negra faz como una serpiente, cruzándole una de sus megillas con un tiznao brutal y ensangrentado.

Yo debí gritar alguna atrocidad en tanto socorría al atontado pastor, porque el coche paró y el cochero vino á mí. Le dije animal... le tiré dos duros á la cara; y metí á Chirlaque en el interior.

—Ya no iba yo tan solo en aquel aburrido viaje!

Este rasgo mío—que cuento sin rebozo por el que quien me lee me perdone—me abrió el camino para que yo me fuera á la granada, para el viajero de la serrana alquería. Recompuso un tanto su *postura agotada*, secóse el llanto, y después de arreglar con mucho tiento á su lado la voluminosa alforja que consigo traía, me miró agradecido y sonriente.

—¡Vamos, hombre, eso no es nada!—le dije.

El dió un gruñido por toda contestación, y rasgó un poco más la sonría en medio de la boca fresca.

—Co que á Granada ¿oh? Pues allá vamos todos. Y entramos en conversación como dos viejos amigos.

De vez en cuando, mi compañero echábase mano al sangriento tiznao que le partía el rostro.

—¿E seue xé?

—¡Un poquillo!...

El zagal anduvo de mozo de labranza y de pastor en un cortijo de la cercana sierra. Y como el amo le había reñido á los pocos días de haber despachado á Belica, él no quiso aguantar más y aquella misma madrugada se escapó. Antes de ir á su negra choza de Filiana, quiso darse una vuelta á Granada.

Allí estaba ahora Belica sirviendo. Belica era su novia, ó cosa así.

—¿Usted no té novia?—me preguntó interrumpiéndose á sí mismo.

—Hombre, sí; también tengo yo novia. ¡No vayas á figurarte que so'o los pastores!...

—¿E *Graná*, señorito?

—No, no está en Granada. E' eso tjenes tú más suerte que yo.

—¿Usted no será de *Graná*, ¿verdad?

—No, no soy de Granada.

—Entonces será usted de Guadix?

—Ni de Guadix, tampoco.

El mozueto se dió por vencido después de estar inquisitivo; y yo no sé porque sonreía gozoso y satisfecho ante aquel enamorado monigote, que iba á *Graná* á ver la novia, con su negro tiznao en la mejilla y la repleta alforja al lado, como un Sancho cualquiera.

Contándome iba toda sus penas y fatigas con la dichosa y mo' taraz Belica de sus ansias pastoriles, cuando e hambre comenzó á picarme en el estómago y tiré de mi cesta.

Chirlaque abrió unos ojos de á palmo y púose colorado... Colorado no; un poco más negro; pero aquello era en él una especie de rubor.

—Vamos á almorzar—le dije.—Tú tendrás ganas ya.

—No, señorito. Yo he comío por la cuenta esta mañana.

—¿Esta mañana? ¡Pues sabes tí que hora es?—Anda, anda y no seas tonto. Esto es para nosotros dos.

Chirlaque se relamió de gusto ocultando un malicioso gesto bajo el ala de su chambergo y tiró de una rebosada navaja que en el bolsillo traía.

No tuve que instarle mucho: comía como un desesperado. Yo creo que para él empezaba á anochecer, y era... ¡las diez de la mañana!

Liegamos á los postres con buen aliento y ganas todavía; y yo, que me per-xoco por las viandas caseras y el pan moreno de las gentes del campo, no quitaba ojo de la

abultada alforja del zagal, que para mí era una tentación.

—¿Cuándo se lo ocurrirá al bruto este obscurantismo con eso?—me preguntaba yo. ¡Pero nada! Ni se estremecía siquiera á ello.

—Vamos, hombre,—le dije en tono alegre, fraternizando con el buen Chirlaque;—tira de esa alforja y dame pan moreno... de ese vuestro... que me gusta.

El zagal me miró con ojos de lástima, reñidos de negro rubor y parpadeó avergonzado. Pero no sé qué fue más pronto: si este irreflexivo movimiento de su ánimo, ó la decidida resolución de sus manos sobre la alforja.

Mordió entre sus dientes la navajilla; soltó la rotoreada *cofret* y ¡oh, bendición de Dios! la alforja abrió su enorme bocaza y... ¡se rió ante mí hinchada de blancas y rojas flores de la sierra, aun cuajadas de fresco rocío!

—No tengo más pan que esto. Tome usted un puñaco, señorito. ¡Eran pa Belica!

¡Tontaría de los veinte años! Ante aquella burla de la florida alforja, y... ante aquella perfumada y fresca risa que se medio de la boca le reventaba, sentí ganas de estrujar entre mis brazos al buen zagal, y se me arrasaron los ojos de lágrimas.

—Tome usted un puñaco, señorito; aunque no sea más que un puñaco.

¡Aquél fué mi postre en el almuerzo!...

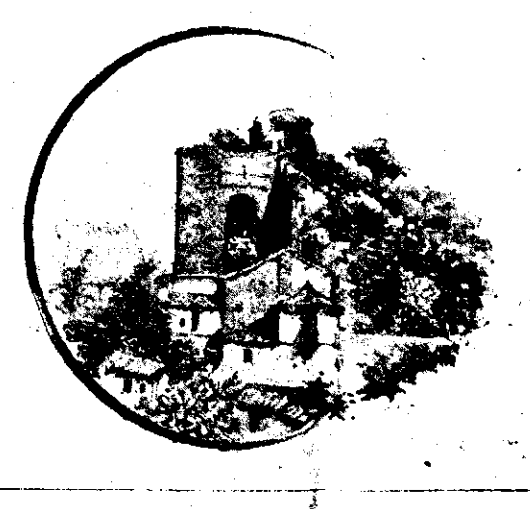
Llegamos á Granada. No he vuelto á ver á Chirlaque.

Yo que iba á la Universidad (mi Belica de entonces), también como el pastor, con la alforja llena de flores, y solo de flores, recibí allí el primer desengaño de mi vida escolar... el primer suspenso... un sangriento latigazo que me cruzó el rostro, al caer sobre el estribo de aquel vehículo del saber, como mi pil'ete.

Supongo que á Chirlaque también le *daría calabazas* su Belica; no se puede ir cargado de flores á ninguna parte!

Sin embargo... ¡con cuánto gusto saborearía yo ahora *aquel pan moreno* del zagal de la serranía, aunque al fin de la jornada yo vieran á suspenderme de *Romanol*!

JOSÉ JESÚS GARCÍA.



## DE ALMERIA A GRANADA

EN PLENA VÍA

### Diálogos y otro excesos

(CRÓNICA IMPRESIONISTA)

EN LA ESTACIÓN

En ira insana me enciendo y en locos celos me abraso lector, con lo que estoy viendo pasando por lo que paso.

¿Conque Eraso hizo al fin una sonada?

¿Conque al cabo irá á Granada con la femení legión, nunca bastante alabada, de chicas de este rincón?

¡Ah, bribón!

En todo se manifiesta que eres un gran egoísta y esto mi afecto te resta.

Vas en Ópera, á la orquesta, Vas en el Circo, á la pista, Eres suegro de Pio Abdón y á estas horas te nos cueles de rondón en el preciado vagón reservado á las señoras.

¡Aves que vais á Granada en peregrina bandada, ojo y seguid mis consejos! Afirman refranes viejos que permitid os recordar: «Para vin'is, los añejos y para llama y reflejos la leña que no está verde.»

HABLA EL POETA:

—¡Adiós, adiós! á la ureitana orilla no sé si volveré... ¡Cielo expendente! ¡Hechicera ciudad!

USO DE TANTOS:

—Más valiera que me pagara V. los cinco duros que me debe y se dejara de explendorre y de *hechicerías* ¡so tramposol!

Huerca!, Benahadux, Gálor, Santafé.

STUVE EL FORJA:

—Yo más que la montaña brumosa y fría sus bosques de manzanos y sus jarales prefiero mis riberas del Mediodía sus narrajos, sus palmas y sus maizales.

¡Primavera riente!

UN INCAUTO: —¡Ole yá! ¡Muera el Norte! Uno del Sr. ... ESPAÑA ¡Fuente Santa dos minutos!

EL MISMO INCAUTO: Síga el poeta.

EL POETA: ¡Se me acabó la primavera!

EN HECHICAR:

¡Chóquela usted, amigo Gil el túnel es portentoso; su cálculo prodigioso merece alabanzas mill ¡Le tienen por viejo chocho y se van á la...

por cero, camión y óctol

Ascendió el irén lentamente por la pensosa pendiente de aquella ingrata ladern y arriba llegó el valiente con toda la lengua fuera; la caldera, lanzó un resoplido atr-z, sacióse de agua sin tino, y á una señal y una voz... volvió á emprender su camino por el agrio suelo indino donde nunca entró la hoz.

DE VAGON A VAGON

—El agua se me atraganta y á usar bismuto me incita—

—¡Pues es la de Fuentesanta!

—¡Guay de mí si mala y tanta fuera de Fuente maldita!

—Oiga V. compadre: ¿qué demonios quieren decir esos letreros de las lanteas de mineral? The Gergal railway Company mines limited Espinar, ¿?

—Mire V. compadre; yo estoy poco fuerte en *galimatías*; pero seguramente quieren decir que ese Espinar que es yerno de ese tal Company, es un vivo.

—Esta línea es tan portentosa, antes al quinto elemento y luego al profundo abismo—

¿A que antes de Nacimiento nos rompemos el bautismo?

—¿Qué impresión le sacado V. de Doña María?

—Pues qué debe ser una señora venida á menos.

—¿Y qué opinas de la estación de Abta?

—Pues que es una estación sin ortografía

—Esas deben ser cosas del Director de la explotación. ¡Qué vas á esperar de un hombre que escribe Olanda sin achel!

Excursionista hechicera no temas que ocurra nada en nuestro tren de... tercera viene el *forense* á Granada sin levita y sin chistera.

FRENTE A HUÉREJA.

—Oiga V. factor: ¿el sub-jefe de la Compañía es un Sr. Moreno?

—No señor; por quien V. pregunta seguramente es por el Sr. Jefe de Material y Tracción. Que tira á negro.

FERMIN GIL DE ANCOILDEGUI. Madrid, 3, Junio, 1908.

EN GUADIX:

¡Chicos: un alto en la tuna; un saludo, una oración al llegar á la estación de la ciudad que fué cuna de Pedro Antonio Alarcón!

SEÑORES EN MOREDA, PARADA Y FONDA.

¡Donde hallaré un *Mijitas* que me responda.

Oiga V. Perez: ¿conoce V. por ventura á Peregrín?

—Por ventura, no; por haber andado con él en el movimiento.

—Dicen que es un gran hombre.

—Y uno de los más altos empleados de la Compañía.

¿De los más altos?

¡Siempre se exagera!

VAGÓN A VAGÓN.

—Yo quiero ver los rincones de esa Granada sin par, conocer sus tradiciones...

—¿Llevas mucho que gastar?

—No; pero llevo expresiones de Oller para Valladolid.

HABLA EL POETA.

¡Tengo un anhelo por verte, tengo un ansia por llegar... tengo un Afán de... Rivera... que es una barbaridad.

No habládme ni un momento de Albolote, recuérdalo al punto el ureitano mote.

OTROS EXCESOS.

Tejeiro hará un gran papel en el festival futuro, no es un Alcalde novel y conoce el oro puro, no pueden darle oropel.

GRANADINÁ.

Anda y dile al Municipio que no se venga con notes; que la calle de Zorrilla será siempre de Mesones.

SIN TITULO

Lugar reservado para el Cronista de la ciudad (insignio y prostigioso periodista almeriense

AMADOR RAMOS OLLER.

Previsiones y consejos para los Botijistas

De Almería la Sultana, sale esta gran caravana.

Silva la locomotora, porque ha llegado la hora.

Para no pasar apuros, debeis llevar nueve duros.

Entre tanto Botijista, no va ningún *Botijista*.

En la Estación de Guadix, tomareis el leche de *asiz*.

No admitir en el Botijo, al Marqués de Vega Armijo.

Al pié de Sierra Nevada, encontrareis á Granada.

Del salón en el dintel, vereis á Doña Isabel.

En grata conversación, con Don Rodrigo Alarcón.

Y le dareis expresiones, del Conde de Romanones.

Saludar antes de nada, al Alcalde de Granada.

A los Secos de Lucena, le dareis la subarbuena.

No dejareis de obsequiar, al Señor de Valladolid.

Decir al *asire* moreno, que me alegro verlo bueno.

Pagar religiosamente, el vino y el aguardiente, por lo demás, no hay cubado, podeis tomarlo ánda.

